

EL DEMIURGO,

EL DESPERTAR DEL SUEÑO DE LOS LERDOS



Francisco Elipe Tomé

Ferran Cubells Tomé

Torreella de Montgrí, 10 de junio de 2007

*Una vez terminado el juego, el rey
y el peón vuelven a la misma caja.*

PROVERBIO ITALIANO

REVELACIÓN

Enero, 1984

Dos manos ajadas por el frío de la montaña y el duro trabajo en la cocina rasgaban un elegante papel de embalar. Al retirar el envoltorio surgió un marco en tono caoba, de sobrios detalles, que enmarcaba un retrato en color de un grupo de personas acompañado de una pequeña misiva. En el centro de la imagen, con aspecto risueño y distendido, se encontraba Su Majestad el Rey; a su diestra, el general Carmona, y en la siniestra, ella y su marido, Ramiro. Entre las piernas del monarca saludaba un mozalbete de unos ocho años, bastante bien formado para su tierna edad y con unos arrebatadores ojos azules.

Querida Dionisia:

Cumpliendo mí promesa, te mando el retrato para tu peculiar colección. Colócalo bien visible para que todo el mundo pueda admirar al guapo de mi nieto.

Un beso para todos de

A. C.

Dionisia asintió complacida. Acto seguido se dirigió al restaurante, donde en una de sus paredes destacaban tres fotogra-

fías; debajo de ellas, el año correspondiente a su realización —desde 1980—. Todas tenían un denominador común: el Rey y el matrimonio.

El año 1983 ya estaba escrito en la pared. Con sumo cuidado colgó el retrato en una escarpia habilitada para ello y se fue alejando sin apartar la vista de la fotografía. Había algo en ese niño que le erizó el vello de todo el cuerpo. Era una mirada fría, distante, impropia de una criatura inocente.

PRAEFATIO

(...) Un rayo rompió la oscuridad de la noche; el trueno retumbó en el patio de armas. Durante el instante fugaz de la centella y el estampido posterior, la sombra que se desplazaba se detuvo. El rostro deforme de Khul contempló el firmamento con desafío. En su enorme mano llevaba una jarra de barro y en la otra, un manojo de pesadas llaves. Cuando las tinieblas lo envolvieron de nuevo prosiguió el camino hacia las mazmorras.

Agustín subía por las estrechas escaleras de la torre del homenaje. La opresión que sentía en el pecho le hacía difícil la respiración. Las sienas palpitaban como un segundo corazón. En su fuero interno se decía que no había llegado a tiempo. Alcanzó el final: la puerta estaba entreabierta y una tenue luz salía de la habitación.

Una tea alumbraba el pasillo del tercer nivel de los calabozos, que conducían a la doceava mazmorra. El olor era nauseabundo; la humedad y el frío, insoportables. Una voz profunda tronó en el pasadizo:

—¿Lo has conseguido, mi fiel siervo?

—Sí, mi amo y señor.

Ningún sonido salió de la garganta de Agustín, el usurero, cuando vio la terrorífica escena. El conde, su señor, yacía colgado boca abajo, sujeto a un travesaño; su cuerpo, cortado en canal desde el escroto hasta la altura del esternón. Las vísceras colga-

ban llegando hasta el suelo. A su lado una sierra maderera yacía goteando sangre. Agustín sollozaba. Cayó de rodillas y un lamento brotó de sus labios:

—¡Oh, Lucifer, ángel del fuego, te he fallado!

Khul, postrado de rodillas, alzó la jarra por encima de su cabeza e imploró:

—Dios único, mi Señor, creador de todas las cosas, aquí te traigo el último linaje.

La serpiente con cabeza de león tomó la jarra y bebió la sangre del conde. Del interior del cuerpo surgió una luz cegadora que invadió la estancia y atravesó los angostos pasadizos saliendo al patio de armas. La noche se volvió día y todos los habitantes del castillo se postraron sumisos.

Agustín observó la luz a través de la aspillera. Después de mucho tiempo volvió a sentir una desazón casi olvidada: tenía miedo. Ya no había duda: Satán había vencido.

Era el último día del año 999 en el condado de Worlook.

Así terminaba el módulo de La Anástasis. Cerró el manuscrito y lo dejó encima de la mesa.

GÉNESIS

Verano del 2000

En el vestíbulo del hotel Bexton-Valencia se vivía el trajín típico de principios de julio. Los amables recepcionistas se afanaban en atender a los turistas que se agolpaban en el mostrador solicitando información de los muchos lugares de interés que una ciudad como Valencia ofrece al viajero.

Al fondo se encontraba el salón, con una pequeña pero coqueta barra de bar. El camarero sacaba brillo a una de las copas mirando de soslayo el generoso escote que lucía una clienta, la cual degustaba un cóctel de llamativos colores. En uno de los rincones de la estancia, sentado en un cómodo sillón con un *gin-tonic* en la mesa y ajeno absolutamente a la vorágine veraniega, se hallaba Paco Toel, conocido articulista y director de un programa radiofónico sobre temas esotéricos y fenómenos extraños. Su presencia en el hotel se debía a su participación como miembro del jurado de un certamen de juegos de rol.

En el transcurso de la semana habían estudiado y debatido sobre el medio centenar de módulos que los aspirantes habían enviado. Por fin, ayer viernes, por unanimidad alcanzaron un veredicto, otorgando el triunfo a *La isla*. Para Toel no ganó su favori-

ta, ya que *La isla* era una burda copia del juego de rol por excelencia, *Dungeons & Dragons*.

Paco Toel, zaragozano de treinta y seis años, de tez muy morena, compleción fuerte y barriga cervecera, observaba su «magdalena», nombre que pusieron Toel y sus amigos al *gin- tonic* con limón exprimido cuando comprobaron que, a medida que se agotaba, la pulpa del limón se quedaba adherida en el vaso, semejando los trozos de magdalena empapada del líquido en la taza del desayuno. Huelga decir que este descubrimiento fue realizado en una barra de bar un sábado cualquiera cuando ya amanecía.

«Esta “magdalena” me está poniendo tontorrón. Será que he pasado cinco días sin salir de una habitación con siete colegas leyendo historias (muchas de ellas absurdas) y, tras interminables discusiones, no venciera mi favorita», reflexionó.

Tomando una carpeta marrón de encima de la mesa, murmuró: «Más papelotes para casa». No sabía por qué, de todos los eventos que participaba —concursos, premios, etc. —se acababa llevando las sinopsis de los finalistas, incrementando con ello el ataque de nervios de su amigo Juan Martini cuando le visitaba en su despacho. Este era el rey del orden, del etiquetado y de los archivos, mientras que Toel era el rey del «manga por hombro», aunque, eso sí, lo justificaba diciendo que era una «desorganización organizada».

«Este Juanito es la leche», pensó al tiempo que sonreía. Llevaba más de semana y media sin tener noticias de él —incluso con el lío del concurso le había dejado tres mensajes—sin obtener ninguna respuesta a las llamadas.

Hojeando los borradores, llegó a la historia que a él le había fascinado: *La Anástasis*, un juego original cuya trama era la

siguiente: un endriago estaba encerrado en la más recóndita mazmorra de un castillo feudal. Allí cautiva a su carcelero con futuras promesas para que le suministre el flujo vital de diferentes castas. Había que ir matando con diferentes aparatos de tortura de la época hasta llegar al señor feudal. Cuando dicho ser fue alimentado de la sangre, surge de la oscuridad y en el castillo reina el mal, el horror y el miedo.

Todos estuvieron de acuerdo en que era la más brillante de todas las tramas, pero optaron por *La isla*. Esta historia perseguía el bien, y consideraron que, con los últimos acontecimientos acaecidos en diferentes partes del mundo —algunos jugadores no habían sabido separar la ficción de la realidad—, no era aconsejable que venciera *La Anástasis*, que realzaba el arte de matar. «Muerte, sangre, terror». Todo lo había conocido en primera persona el fatídico año de 1999.

Apuró la «magdalena», se levantó y encaminó sus pasos hacia la barra del bar. Todavía le recorría un escalofrío por la espalda al recordar los sucesos del año pasado. Apoyándose en una esquina de la barra, llamó al barman:

—Hola. Me pones otro *gin-tonic* con limón exprimido, por favor —solicitó con voz profunda.

—Inmediatamente, caballero—.Y, acompañando sus palabras, se prestó con celeridad a preparar la copa.

Toel, aún ensimismado por aquellos turbadores acontecimientos, observó cómo el barman ultimaba la mezcla de los ingredientes.

—Su copa, señor. Deseo que sea de su agrado —anunció el barman, sirviéndole la copa con un llamativo posavasos del hotel y devolviéndolo al presente.

—Muchas gracias. Seguro que sí. El primero estaba cum laude —le contestó con una sonrisa—.Perdona, ¿te llamas...?

—Carlos, señor. Para servirle —respondió el barman acercándose a Toel y pensando en una buena propina.

—Carlos, supongo que sabrás dónde puede ir un casi cuarentón como yo a divertirse un sábado por la noche.

—No ha podido elegir mejor lugar para ello. A seiscientos metros de la puerta del hotel se encuentra el barrio del Carmen, allí seguro que halla lo que busca. Los bares de copas y discotecas están todos juntos; es sin duda la zona de marcha de Valencia.

—No se hable más: está decidido. Que se vayan preparando las señoritas o señoras: ¡Paco Toel ataca de nuevo! —sentenció con cara picarona mientras apuraba la «magdalena» en largos tragos—. Apunta dos pelotazos en la cuenta; paga la editorial—.Le guiñó el ojo en medio de una gran carcajada y, dejando una generosa propina, se encaminó hacia la recepción del hotel.

Carlos observó cómo se alejaba. Su experiencia le permitiría catalogar a los clientes. A Toel lo incluyó en el grupo de «buena gente». Gracias a Dios, era el más habitual.

Toel se dirigió a la recepción, dejó la carpeta con las llaves y salió al exterior del hotel. El impacto que recibió de la canícula le hizo dudar durante unos instantes si era mejor quedarse en la comodidad del hotel o seguir sus instintos. Pero el calor interior pudo al exterior y avanzó por la calle con paso decidido. A medida que se alejaba observó la fachada del Bexton-Valencia: conservaba el estilo de palacete de los edificios de la zona del centro. Se encontraba a pocos minutos de la espléndida catedral, de la iglesia de Nuestra Señora de los Desamparados y de la famosa torre del Miguelete. Sin embargo sus pies no entendían de cultura y lo en-

caminaron hacia las primeras luces de neón que ya vislumbraba en la lejanía. Se alisó los bermudas, estiró la camisa para disimular el «airbag» y se sumergió en el ambiente, a la búsqueda de los placeres que la noche le reservaba.

Los huéspedes de una de las habitaciones con terraza de la sexta planta del hotel no participaban del ambiente veraniego. Sentado en una de las cómodas hamacas estaba Pau Caró, de veinticuatro años, anchas espaldas, abdominales moldeados en gimnasio, piel cuidada, bellas facciones y ojos de un azul de los que su *avi* decía que reflejaban todos los matices del Mediterráneo en un día de primavera, aunque en realidad su mirada más bien transportaba a las gélidas aguas del mar Ártico.

Su mirada perdida no estaba admirando el bello panorama que la privilegiada habitación le ofrecía. Se levantó con rictus serio y entró a la habitación, donde el aire acondicionado mitigaba el bochorno del exterior. Se dirigió hacia la cama doble para tumbarse. El minibar estaba abierto mostrando una importante escasez de existencias. La puerta del baño estaba cerrada, pero el sonido de la ducha le informaba de que su compañero Julen se refrescaba de la calurosa tarde de julio.

En la mesita del escritorio una bola de diez gramos de coca traída en valija diplomática de un país sudamericano —no hay nada como tener amistades «peligrosas» —esperaba a sus adictos dueños. El sudor empezaba a secarse, sin embargo la sangre le hervía por dentro.

¡Que me suceda esto a mí!, ¡a Pau Caró!, de los Caró de Barcelona. Licenciado en Filosofía por la prestigiosa Universidad Pontificia de Comillas. Sobresaliente en la tesis Evolución del

gnosticismo en la Edad Media. *Admitido en la Loyola University de Chicago para realizar un master el próximo año. Después de emplear seis meses de un año sabático en crear el juego La Anástasis, ocho incompetentes jurados dan ganador a La isla. ¡Puag!, juego de bellas principitas y maravillosos guerreros que luchan con monstruosos bichos en mundos imaginarios (pero qué repetitivos...) para que al final todos sean felices y coman perdices. ¿Qué sabrán ellos de la lucha y la opresión de lo material con el pensamiento filosófico, del triunfo del Demiurgo, imponiendo la esclavitud a los hombres de las pasiones materiales, alejándolos de lo único puro: el pensamiento.*

Absorto en sus reflexiones, dio un respingo al sentir la melodía de su móvil. Era su querido abuelo:

—¡Hola, avi! ¿Qué tal estás? ¿Dónde te encuentras? —contestó con renovadas energías.

—Tranquilo, estoy bien, bordeando las costas ibicencas a bordo del «Montse II». ¿Qué tal vuestro proyecto?, ¿ya sabéis el resultado de la votación?

—Sí, avi, hemos sido finalistas, pero el primer premio y la publicación del juego se lo han dado a una especie de cuento de hadas.

—Bueno, no ha estado del todo mal entonces.

—Ha sido una putada. Después de seis meses de estrujarnos los sesos buscando una trama inteligente y original, llegan unos incultos que no conocen lo más profundo de la filosofía y dan ganadora a la simplicidad antes que a la inteligencia.

—Sosiégate, Pau. Tampoco lo pasasteis tan mal: medio año en un ático de la familia Baigorri, en Donosti, con las mejores vistas a la playa de la Concha y, a tenor de las facturas que hace

poco me llegaron, no creo que os privarais de nada —concluyó el abuelo con una carcajada.

—Pero, *avi*, ya sabes la ilusión que nos hacía, sobre todo a Julen, que intentó reflejar nuestras tesis en el juego —contestó con voz abatida.

—Paciencia. Si me termináis el master tan brillantemente como la licenciatura, el *avi* Albert moverá unos hilillos para que vuestro juego salga a la luz. ¡Pau!... —¡Chas!—. Se corta... Estoy pasando por unos acan... *Adéu*.

—*Adéu, avi*. No te preocupes, todo el país oirá hablar de *La Anástasis*—. Esta última frase no llegó a escucharla el señor Albert Caró, pues las ondas se perdieron en los aproximados doscientos veintiocho kilómetros que separan Valencia de los idílicos acantilados ibicencos.

Coincidiendo con el final de la conversación, la puerta del baño se abrió y apareció mojado y como su madre lo trajo al mundo Julen Baigorri. Al contrario que su compañero, este era de estatura baja, pelo rubio y piel lechosa. Extremadamente delgado, pero muy fibroso, era puro nervio (su madre siempre decía a sus amistades que no había tenido más hijos porque con Julen le daba la sensación de haber parido trillizos de lo movidito que era el nene). Sus movimientos eran felinos y con una elegancia que muchas *top models* envidiarían. Realizó los mismos estudios que Pau, pero sus calificaciones se contaban por matrículas de honor y su tesis, *Neoplatónicos en el medievo*, mereció la calificación de *cum laude*.

—¿Quién ha llamado? —preguntó, entregándole una crema hidratante.

—Mi abuelo. Quería saber cómo nos había ido en el concurso —le contestó, vertiendo gran cantidad de crema sobre su vasta mano.

—Le habrás contado con pelos y señales la injusticia que han hecho con nuestro «hijo», ¿verdad? —exclamó, cerrando los ojos al sentir cómo la mano impregnada de crema le recorría la escuálida espalda.

—Sí. Antes de que se cortara por falta de cobertura me dijo que no nos preocupáramos, que ya se encargaría él de que el trabajo saliera a la luz...

Aún no había terminado de hablar cuando el pequeño cuerpo que tenía entre las manos se revolvió y, como lanzado por un resorte, le espetó:

—¡No!, esta vez lo vamos a solucionar nosotros, tu *avi* no moverá ni un dedo. No hemos estado seis meses documentándonos delante del ordenador hasta quedarnos casi ciegos y pasando noches sin dormir, creando un guión factible y amoldable a nuestras tesis, para que una cuadrilla de pazguatos ignorantes digan que la trama es muy buena, pero que resalta la crueldad. ¡Por Dios, qué imbéciles! —Cerró los ojos y respiró profundamente; la agitación fue dando paso a un pulso normal.

—Tranquilízate. Me asustas cuando te pones así —respondió, al tiempo que le acariciaba dulcemente la cabellera rubia, todavía mojada.

—*Ok*. Ya se me pasó. ¡Lo ves!, fue una gran idea «untar» al camarero que atendía al jurado para saber que el único que luchó hasta el final por nuestro «hijo» fue el vecino de abajo —musitó, acompañando el movimiento de la cabeza con la caricia de su amigo.

—Sí, pero el puto camarero se ha sacado un sobresueldo por unas pocas horas jugando a los espías —replicó Pau, revelando su idiosincrasia catalana.

—Va, *cari*, ha sido una gran aportación lo del espía, como lo llamas. Gracias a ello ya tenemos nuestro usurero particular, receptor del mensaje de los dioses. ¡Ya ha anochecido! Llama al servicio de habitaciones para que suban una botella de güisqui y te explicaré lo que se me ha ocurrido mientras me bañaba —le comentó, zafándose de las manos de su amigo al tiempo que se ponía unas braguitas de encaje negro y se cubría con una bata de seda escarlata.

Pau pidió una botella de Glenfiddich Ancient Reserve de dieciocho años y una cubitera con hielo, sin dejar de observar a Julen: ante sus ojos se alzaba una «diosa».

En la calle Pascual i Genis reinaba la tranquilidad habitual que las cuatro y pico de la madrugada solía brindar a sus vecinos, cuando unas carcajadas irrumpieron desde el principio de la calle. La luz de la farola alumbró a Paco Toel y, por la forma de andar, daba la impresión que se había tomado hasta el pulso: a modo de bastón iba apoyándose, más bien apuntalándose, en Amparito, valenciana de treinta... y tantos años.

Entraron en el hotel intentando comportarse dignamente, aunque, como suele ocurrir en estos casos, las evidencias dejaron claro al adormilado recepcionista las lamentables condiciones en las que venía la pareja. Desde la puerta hasta el mostrador tropezaron con todos los elementos posibles. Toel iba mentalmente preparando las palabras que tenía que decir al empleado, pero, llegado el momento, de su boca sólo salieron unos sonidos guturales

e inconexos. Amparito en ese instante soltó la risa tonta y contagiosa.

Se dirigieron al ascensor. Toel observaba el trasero de Amparito: no tuvo la menor duda de que la paella y la huerta valenciana eran las culpables de la enorme circunferencia que el liviano vestido veraniego dejaba entrever. Cuando se puso en marcha el ascensor, un mareo le sobrevino. Al faltarle la línea del horizonte, fijó la vista en el «canalón» que formaban los sugerentes pechos de su acompañante para mantener el equilibrio. En el interior de la habitación, después de haber pasado por otra comedia para abrir la puerta, cayeron entre risas sobre la cama con gran estruendo.

—Perdona, Amparo, voy a preparar el *jacuzzi*. Estamos cubiertos de sudor y necesito despejarme un poco, pues la habitación creo que ha llegado al programa de centrifugado —exclamó Paco, intentando liberarse de una maraña de sonrosada carne.

—De acuerdo, prepararé una copa —refunfuñó Amparito. —Yo también necesito refrescarme, pero no creo que el agua con burbujas me quite este calor interior que tengo —añadió picaramente mientras se abanicaba entre las piernas.

Toel sonreía al dirigirse hacia el baño. No le quiso decir que quería cumplir una de sus fantasías morbosas: la de hacer el amor entre burbujas. Cuando entró Amparito, totalmente desnuda y con las copas en las manos, él estaba sumergido entre alegres burbujitas.

—¡Mira que iceberg ha surgido de las aguas! —exclamó.

—¡*Hummm!*... ¡Qué maravilla! Dicen que sólo asoma el diez por ciento de todo el iceberg; lo gordo está sumergido —le contestó, mirando lascivamente al punto que Toel le indicaba.

Ahí demostró Amparito su conocimiento de los hielos nórdicos. Acomodando las copas en un taburete, se dejó caer a plomo en el *jacuzzi*, pero lamentablemente se olvidó de la ley de Arquímedes, desalojando la misma cantidad de agua que su cuerpo rollizo pesaba.

En la terraza del piso superior dos falos apuntaban a la luna de Valencia —en este caso no era en sentido figurado, sino literal—. Dos cuerpos desnudos, borrachos, drogados y excitados por los ruidos que oían de la habitación inferior observaban la enorme luna de los inicios de julio.

La botella de malta estaba vacía; la bola de coca había sufrido un *lifting* y reposaba en un recipiente al vacío para evitar la humedad de la costa. A la Visa oro y a un billete de dos mil pesetas les había salido un sarpullido de motas blancas, como si se tratara de una epidemia del capital.

—Qué bien se lo está pasando el vecino —comentó Pau.

—Si te das cuenta, esto también es un signo —contestó Julien con entonación enigmática.

—¡Signo! ¿Qué signo? —preguntó extrañado.

—No te das cuenta, *cari*: es la providencia —le respondió.

—¿Providencia? —volvió a preguntar Pau cada vez más confundido.

—¡Joder!, parece que estoy hablando con un loro —dijo enfadado levantando la voz—. Creo que la «farlopa» te atonta en vez de despejarte. No te parece genial que de cientos de hoteles de la ciudad hayamos coincidido en el mismo y esté en la habitación de la planta de abajo.

—No le había dado importancia —contestó escéptico, sin entender aun lo que le quería decir.

—Pues la tiene —sentenció—. Después de lo planeado esta noche, me parece a mí que esto es una señal. Al regreso de Estados Unidos pondremos el plan en marcha e invitaremos al señor Toel a que entre en el «juego». A ver si demuestra la inteligencia que le intuimos y evita que el Demiurgo llegue al final de su propósito—. La mirada de Baigorri irradiaba un brillo especial, semejante a la de un jugador que apuesta todo su resto a una sola carta.

—Pero si nos vence, ¿significara que tú y yo pasaremos una larga temporada en la sombra? —preguntó, dándole pragmatismo al asunto.

—Sí, claro. Ahí está lo excitante del «juego»: ocho vidas penderán de un hilo. Nosotros tenemos más de un año para preparar nuestras bazas. Él tendrá que ir contrarreloj y actuar sobre la marcha para poder atraparnos. Será una partida sin tablas posibles, y eso me excita.

Terminó de hablar, se levantó, alargó la mano y tomando el miembro de su compañero tiró con suavidad obligándole a seguirle. Lo llevó hasta la cama. Él se tumbó y se dejó llevar. El lecho era el único lugar donde Julen se dejaba dominar. Le gustaba comprobar cómo el cuerpo atlético de su amante le sometía de todas las formas posibles, sentir las enormes manos de Pau cuando le inmovilizaba con sus caricias, notar cómo le penetraba, primero suavemente y luego con una violencia controlada, experimentando sensaciones prodigiosas.

La pasión triunfaba en las dos últimas plantas del hotel Bexton-Valencia, pero el embrión de la bestia ya se había gestado. Entretanto, las primeras luces del nuevo día ganaban terreno, apagando la luna llena que había reinado en la calurosa noche de ju-

lio. Todo hacía presagiar que amanecería otro día caluroso en la ciudad del Turia.